



Comentario bibliográfico

Sosenski, Susana: *Niños en acción. El trabajo infantil en la ciudad de México, 1920-1934*, México, El Colegio de México, 2010.

Ludmila Scheinkman

Universidad de Buenos Aires / CONICET

ludsch@gmail.com

Pequenos constructores, curtidores, tejedores, vidrieros, carniceros, metalúrgicos, domésticas, papeleros, vendedores ambulantes... todas estas y muchas más fueron las ocupaciones de los niños que desfilan por las páginas de *Niños en acción*, un libro que se propone realizar una historia social de la infancia trabajadora en la ciudad de México entre 1920 y 1934.

Susana Sosenski es profesora en la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), investigadora del Instituto de Investigaciones Históricas de la misma universidad y miembro del Sistema Nacional de Investigadores de México. Ha publicado diversos artículos académicos, libros de texto y de divulgación, y coordinó un volumen colectivo junto con Elena Jackson.¹ El libro que nos ocupa es producto de su tesis doctoral en Historia por El Colegio de México, que obtuvo el Premio a la Mejor tesis doctoral de Humanidades por la Academia Mexicana de Ciencias (2008). Actualmente, la autora sigue trabajando

¹ Sosenski, Susana y Jackson, Elena: *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina. Entre prácticas y representaciones*, México, UNAM, 2012.

en temas vinculados a la historia social de la infancia, extendiéndose a las décadas del 40 y 50. Por todo esto, se perfila como una referente en temáticas vinculadas a la infancia popular y trabajadora en América Latina.

La historia social y los enfoques “desde abajo” son de larga data en la disciplina histórica. Los relatos encuadrados en estas corrientes historiográficas buscaron recuperar el carácter de actores sociales de aquellos que no habían tenido un espacio y una “voz” en las tradicionales historias políticas escritas “desde arriba”. Estos aportaron a una gran renovación en las formas de hacer historia, en la búsqueda de nuevos documentos donde poder rastrear las “huellas” de esas voces e historias, y nuevas metodologías. Si el sujeto inicial de esta inflexión en los “agentes” y tópicos de indagación fueron los trabajadores, bien pronto fueron surgiendo del olvido otros grupos y sectores marginados. Así se popularizaron, por ejemplo, los estudios de mujeres y de género, y los *African-American studies* en EE.UU. A su vez, bajo la influencia de obras como las de Foucault, se abrieron nuevos espacios de investigación y nuevas ópticas para abordarlos: escuelas, cárceles, reformatorios y hospitales fueron convirtiéndose en objeto de la investigación y la reflexión de historiadores, y de la mano de ellos, también colectivos como médicos, juristas o burocracias estatales. Por la influencia del giro lingüístico y cultural, muchos de estos tópicos comenzaron a desplazarse al terreno de las representaciones, el lenguaje, la articulación de identidades sobre bases discursivas, etc.

En un momento en el que asistimos a un reverdecer de una “nueva historia política”, consideramos que el trabajo de Susana Sosenski reúne de forma coherente lo mejor de las tradiciones antes descritas, en una historia social y cultural compleja, rica y nutrida de distintos aportes teóricos. Se trata de un estudio sensible a las diferencias de género, de raza y a las clases sociales, a aspectos vinculados a la sexualidad, a la historia de las mentalidades, a las dimensiones de las representaciones pero también, y sobre todo, a las prácticas, y a la compleja relación entre ambas, que hace un aporte a la historia de las infancias, campo abierto por los trabajos pioneros de Philippe Ariés y Jacques Donzelot, entre otros, y que hoy muestra un gran dinamismo. En ese sentido, la opción por la historia social y cultural no es tan sólo académica sino política. Este trabajo viene

a mostrarnos lo mucho que aún tiene para aportar una historia de este tipo, que al poner en el centro a aquellos que han sido olvidados o ignorados, permite repensar y poner en tensión las contradicciones de los macrorrelatos en los procesos históricos.

En este caso, desnudar algunas de las contradicciones de la sociedad mexicana posrevolucionaria y las tensiones del proyecto de “reconstrucción” nacional y creación de un “hombre nuevo” de los gobernantes. Pero es una historia animada también por la situación actual del trabajo infantil en México. Como su autora indica, “esta es una historia de la infancia en México pero también una historia de cómo los niños se vincularon con una historia más amplia, la de la sociedad posrevolucionaria” (p. 28), mostrando que “la infancia estuvo determinada por categorías como la de clase social, la raza y el género” (p. 20). El proyecto de formación de este “nuevo” ciudadano imbuido de virtudes revolucionarias, entre las que el trabajo fue central, conllevó una gran preocupación política y social por la infancia, por la formación de los niños en tanto serían los trabajadores y ciudadanos “del mañana”.

El estudio de Sosenski se circunscribe geográficamente a la ciudad de México, donde “los niños de las clases populares trabajaron masivamente”; y se encuadra temporalmente en la década del 20, en la que hubo cambios fundamentales “en las formas de ver, tratar y discutir la infancia en México” (p. 18), en la legislación y los proyectos educativos, abarcando hasta 1934, cuando Lázaro Cárdenas llega al gobierno. Si algo se puede cuestionar tal vez es el empleo de un recorte temporal que proviene de la historia política, más que del objeto de estudio en sí mismo. Para un lector ajeno a la historia mexicana, se hace difícil en algunos momentos discernir las líneas de continuidad y de cambio respecto del periodo anterior, y si bien es abordado sucintamente en diversas partes del libro, sería de sumo interés conocer más del trabajo infantil en la década del 10, e incluso, los cambios en relación al porfiriato. De igual modo, la autora señala que queda latente la incógnita de las transformaciones que el cardenismo habría implicado para la infancia trabajadora, algo en lo que está indagando actualmente.

Lo más rico del análisis se basa en su punto de partida metodológico. Este busca apartarse de los enfoques más tradicionales en la historia de las infancias, que han visto a los niños como objetos sociales pasivos, receptores de políticas, protección o meras víctimas de la explotación.

Por el contrario, “los trabajadores infantiles fueron actores sociales, culturales y económicos que desempeñaron un papel activo y dinámico en la conformación de sus experiencias diarias, en su vida familiar y en la sociedad en su conjunto. Así pues, los niños y adolescentes trabajadores fueron protagonistas y actores sociales del México posrevolucionario” (p. 17). De esta afirmación se deriva sugestivamente el título del libro, “Niños en acción”, puesto que este estudio, precisamente, busca recuperar la *agencia* de estos sujetos en interacción con políticos y gobernantes, burócratas y funcionarios, juristas, patronos, obreros adultos, sindicalistas y sus propias familias. Esta agencia, invisibilizada tanto por la historiografía como por los documentos tradicionales, esencialmente producidos desde el mundo adulto, obliga no sólo a una lectura a contrapelo de los reservorios clásicos, sino también a incursionar en otro tipo de fuentes que permitan reconstruir sus trazos, integrando materiales de distinta procedencia (fotografías, prensa, documentos oficiales, censos, etc.). Se destaca particularmente el empleo de fuentes judiciales del Consejo Tutelar para Menores Infractores; si estas han sido utilizadas para abordar la delincuencia infantil, la autora las retoma para pensar la participación laboral de los menores, las prácticas familiares y también, las acciones y las voces de los niños, mostrando la compleja relación entre trabajo infantil —sobre todo callejero— y delincuencia, en tanto abarcaban los mismos sujetos: los niños pobres.

A lo largo del trabajo veremos el contrapunto y las tensiones entre las políticas y acciones “hacia” la infancia —categoría sociocultural, conformada por fenómenos políticos, históricos y sociales (p. 21), que la autora toma hasta los 16 años, minoría de edad laboral estipulada en la época —, y lo que estos mismos niños reconstruyeron, accionaron o resistieron. Sin descuidar el terreno de las representaciones e imaginarios, es decir, tratando de integrar prácticas y representaciones.

El libro se encuentra dividido en tres secciones. La primera reconstruye el panorama de las actitudes y políticas hacia el trabajo infantil y la infancia trabajadora, describiendo el surgimiento de una actitud de protección de la infancia en los años 20 y 30, plasmada en instituciones y políticas estatales destinadas a integrar la niñez pobre y marginada al “nuevo México moderno”. Entre estas se destacan la legislación sobre el trabajo infantil y las dificultades en su cumplimiento por la evasión de industriales y dueños de talleres, así como por la laxitud de los propios inspectores del Departamento de Trabajo. La autora mira luego las valoraciones sociales del trabajo infantil, que si bien fueron heterogéneas, en pocos casos denunciaron sus efectos nocivos. Resulta llama-

vo el segmento dedicado al movimiento obrero, que muestra que la protección y regulación del trabajo infantil no se encontraron entre las principales demandas del mismo; de hecho, los niños impulsaron, en ocasiones, a los adultos a alzar la voz sobre la explotación infantil. Por último, relata cómo el trabajo infantil fue una estrategia de supervivencia de las familias populares en el sistema capitalista frente a la baja remuneración de los trabajadores, y en coyunturas precisas de penuria económica.

Este primer apartado que podríamos considerar mayormente —aunque no sólo— abocado al análisis de las representaciones, da paso a las dos siguientes partes del libro que ocupan el grueso de la reflexión de la autora y se concentran en las prácticas concretas. La segunda sección analiza la acción infantil en diferentes ámbitos de trabajo, reconstruyendo el papel económico de la infancia como productora de bienes y servicios, pero también la cotidianidad de las experiencias infantiles. El Capítulo 2 se centra en los niños trabajadores en talleres, fábricas y servicio doméstico. Allí se detalla la ubicación geográfica del trabajo infantil en la ciudad, y la inserción generizada y condiciones de trabajo en el sector manufacturero de los niños: los salarios, el tipo de actividades laborales, las condiciones higiénicas, los peligros físicos, la jornada de trabajo y el sistema de “aprendizaje”. Asimismo, se reconstruye la participación de las niñas en el servicio doméstico, sus tareas y condiciones, y el riesgo permanente de abusos sexuales. La autora concluye que el trabajo infantil compitió con el trabajo femenino adulto y fue complementario del trabajo masculino adulto. El Capítulo 3 se concentra en el trabajo callejero, llevado adelante “a la vista de todos”. Sobre este trabajo tan visible discurrieron las preocupaciones de distintos sectores en torno a sus influencias benéficas o perniciosas. La autora detalla los tipos de tareas desempeñadas: canasteros, conductores, vendedores ambulantes y centralmente papeleros (vendedores de periódicos), de quienes reconstruye su oficio, su reconocimiento laboral e incluso su importante papel sindical. Es en el espacio callejero donde más puede apreciarse el accionar de los niños, quienes se apropiaron de la calle, no sólo para trabajar sino para habitarla, jugar y socializar, destacándose su “movilidad”. Los “muchachos callejeros” fueron estigmatizados socialmente, pero lograron entablar lazos, solidaridades y una identidad común, gozando de una mayor “libertad”, “independencia” y diversión que en los “espacios cerrados” como fábricas y talleres. Por esto mismo, los espacios callejeros fueron preferidos y buscados por los niños.

La tercera parte estudia políticas estatales relevantes en torno al trabajo infantil: la educación para el trabajo y la corrección de la delincuencia a través de la laboroterapia. Es decir, se ocupa de los espacios de contacto entre el Estado y los niños, y la institucionalización del trabajo infantil en dos espacios de control social: la escuela y las instituciones de corrección. El Capítulo 4 aborda cómo el gobierno trató de conciliar la realidad social del trabajo infantil con la formación de mano de obra especializada por medio de la educación para el trabajo y del trabajo en las escuelas, que operaron como una “doble carga” para los niños, que debían estudiar y trabajar. Se analizan allí los proyectos de educación “para la acción” —una educación pragmática que enseñara a los niños conocimientos “útiles” a su ambiente y necesidades; es decir, habilidades manuales — y el “sistema de medio tiempo” —la división de las clases en turnos matutinos y vespertinos para compatibilizar la educación con las necesidades económicas familiares que requerían del trabajo de los niños—, así como la enseñanza técnica e industrial y la formación para el trabajo doméstico de las niñas; y los límites de estos proyectos. El Capítulo 5 analiza cómo a partir de la actuación tutelar de *pater familiae* del Tribunal para Menores, se procedió a la criminalización de ciertas actividades laborales infantiles, y a la vez se prescribió el trabajo infantil como una terapéutica “regenerativa” contra la “delincuencia”, interviniendo sobre las familias populares, a quienes se responsabilizaba por los delitos de los niños, obviando las condiciones estructurales de pobreza y miseria que los generaban. Pero también, mostrando la apropiación popular de los tribunales y las situaciones que los niños debían experimentar cotidianamente en estos espacios.

A lo largo de las páginas del libro vemos a los niños acudiendo a los sindicatos, jugando en las calles, tratando de evadirse de los encierros, escribiendo y publicando periódicos infantiles en las escuelas, voceando, revendiendo y negociando periódicos para obtener mayores ingresos, hurtando, o argumentando y apelando en tribunales. La autora logra demostrar cómo estos niños y sus familias formaron parte de la “reconstrucción” nacional, tuvieron “funciones económicas” y en ocasiones utilizaron a su favor aquellas acciones estatales que buscaron intervenirlos. Asimismo, evidencia muchas de las contradicciones de los discursos y acciones del Estado y distintos sectores sociales: si por un lado se concibió el trabajo en la industria y en las calles como moralmente nocivo para las niñas, en el servicio doméstico enfrentaban a los mismos peligros, como muestran los abusos sexuales; si por un lado se prohibió la contratación laboral de menores de 12 años, por

otro lado en las escuelas y las instituciones de encierro se les obligaba a trabajar para “redimirse” o para solventar las mismas instituciones; se condenó el trabajo infantil callejero, pero no sólo no se lo reguló, sino que se publicaban avisos en los periódicos solicitando su contratación.

Estas y muchas otras contradicciones muestran “una compleja relación entre prácticas y discursos” (p. 322), que la autora desnuda con habilidad. El trabajo que presenta es por lo tanto global: abarca todos los ámbitos donde se desplegó el trabajo infantil en la Ciudad de México. Es destacable, a su vez, que recorre gran parte de la bibliografía general del tema para Latinoamérica y EE.UU., algo que suele escasear en estudios de base “nacional”, lo que aporta una visión amplia y comparativa.

Este trabajo se posiciona entonces como referencia para los estudiosos de distintas latitudes del continente, en tanto es no sólo una guía —casi un plan de tesis— para abordar el fenómeno en otras urbes latinoamericanas, sino también una base para la comparación regional que permite distinguir cronologías y particularidades locales, de aquellas generales y producto del desarrollo capitalista común a múltiples latitudes; y a su vez, habilita discernir cómo, a escala local, diversos actores sociales dieron respuesta a las tensiones y contradicciones que dicho desarrollo planteó a cada región; entre las que el trabajo infantil fue no menor, pero sí escasamente estudiado.

Entendemos entonces a este estudio como un desafío, ya que consideramos que un análisis de esta envergadura está aún pendiente para la Argentina. Poco se ha avanzado aquí desde el ensayo pionero de Juan Suriano sobre el trabajo infantil urbano en la ciudad de Buenos Aires, publicado ya hace más de veinte años.² Si los aportes de estudiosos como Estela Pagani y María Victoria Alcaraz,³ Eduardo Ciafardo,⁴ y más recientemente Adrián Carbonetti y María Rustán⁵ y el mismo Suriano⁶ son contribuciones valiosas para salvar esta vacancia historiográfica, esperamos que la

2 Suriano, Juan: “Niños trabajadores. Una aproximación al trabajo infantil en la industria porteña de comienzos del siglo”, en Diego Armus (comp.): *Mundo urbano y cultura popular*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, pp. 251-280.

3 Pagani, Estela y Alcaraz, María Victoria: *Mercado laboral del menor (1900-1940)*, Buenos Aires, CEAL, 1991.

4 Ciafardo, Eduardo: *Los niños en la ciudad de Buenos Aires (1890-1910)*, Buenos Aires, CEAL, 1992.

5 Carbonetti, Adrián y Rustán, María: “Trabajo infantil en contextos urbanos de la Argentina: el caso de Buenos Aires y Córdoba a principios del siglo XX”, *Cuadernos de historia. Serie Población*, No. 2, 2000.

6 Suriano, Juan: “El trabajo infantil”, en Torrado, Susana (comp.): *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo centenario. Una historia social del siglo XX*, T. 2, Buenos Aires, Edhasa, 2007, pp. 353-385.

lectura de un trabajo como el de Sosenski sirva de inspiración y aliente estudios de mayor alcance que se sumen a lo que es hoy en día un campo dinámico, el de los estudios sobre la historia de las infancias, y que a su vez complemente y complejice los que se llevan adelante desde el punto de vista de la historia del movimiento obrero, las y los trabajadores y las izquierdas.